

Juan Cobos Wilkins

*El mundo se derrumba
y tú escribes poemas*



f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Índice

Portada
El mundo se derrumba y tú escribes poemas.
El poema te escribe y el mundo se derrumba
Yo me llamaba Juan
De qué país
Palabras
Golpea
En Grand Central Station
Edad
Equilibrio
Orfandad
Ausencias
Deshabitado
Antimateria
Simulacro
Fantasma
Opción
Tú menos tú
Pintura negra
Vértigo
Olvido
Schnee
Sol
Partir
Canción ingenua del doble corazón
Triunfante. La niña del Nevado del Ruiz
Frontera invisible
La palabra o la vida
Exmundo
Destruir
No más
Afortunado
Contexto

Propósitos
Sobre las aguas
Donde estuvo la vida
Dignidad
Eje
Cópula
Manchas
Restos de belleza
Sacudida
Casa vacía
Adiós a todo esto
Reencarnación
Ahí fuera
El hijo
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

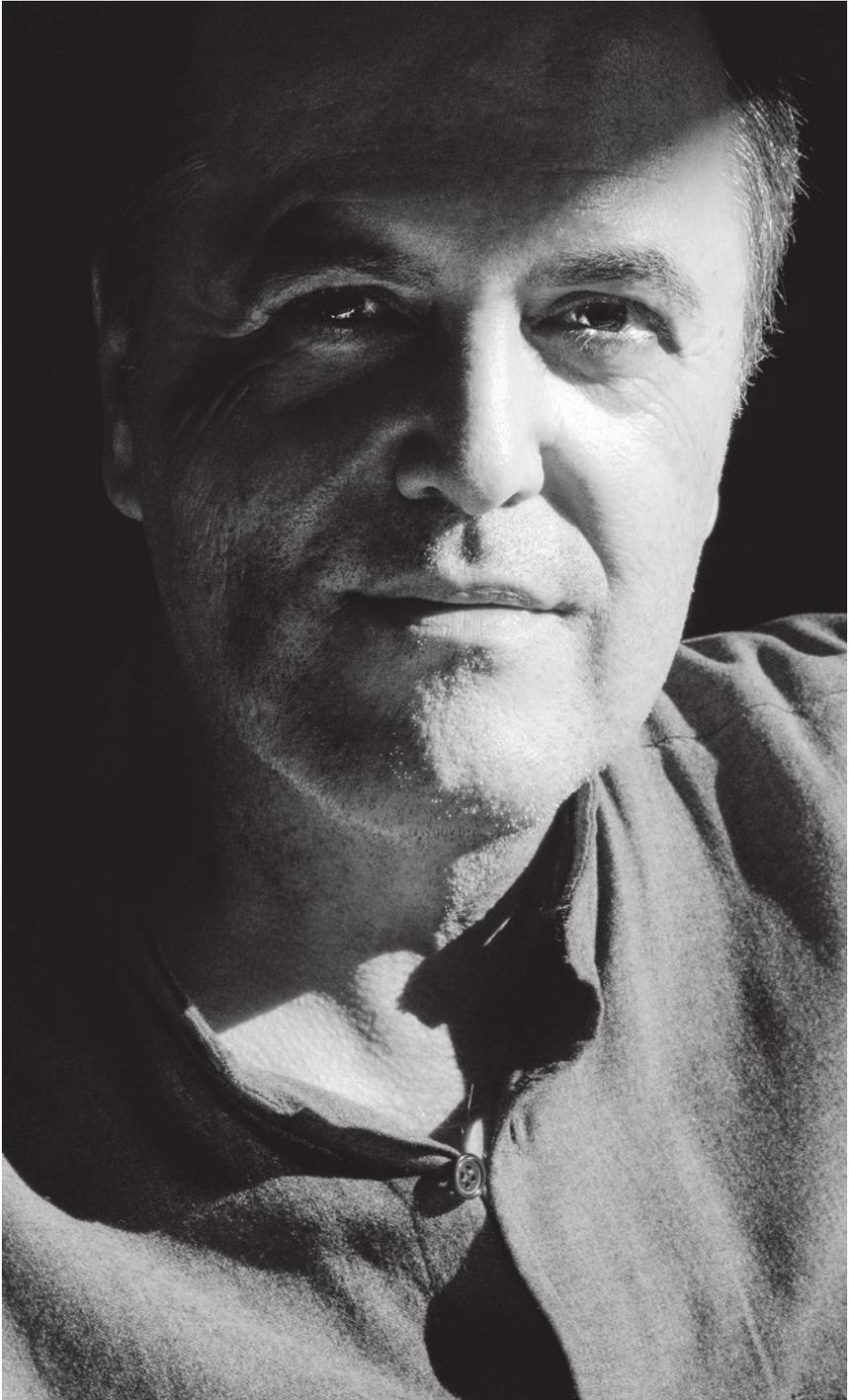
Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



EL MUNDO SE DERRUMBA Y TÚ ESCRIBES POEMAS

El mundo se derrumba y tú escribes poemas.

Qué brazos,
 igual que una *pietá*,
te sostendrán ahora que caes, te precipitas
como funambulista que pierde el equilibrio
entre la pasión y la armonía.

 Qué abrazo,
igual que al hijo pródigo,
ahora que ya todo es pasado, estela
de cometa, y ni te reconoces.
Y ni te perteneces.

Este no es el comienzo de una hermosa amistad.
No hay piedad, no hay perdón, no hay abrazo.
El mundo se derrumba y tú escribes poemas.

EL POEMA TE ESCRIBE Y EL MUNDO SE DERRUMBA

Como torre gemela
se desploma, se deshace
igual que una pirámide de mirra,
el mundo que fue espejo
ya no gira en su derviche rotación contigo.

Sólo queda memoria del amor
que milagrosamente
separó en dos las aguas, rojas
también tras un papel de celofán
que ajeno a bíblicos milagros
ruboriza la fotografía. ¿Y...?
Y unos pocos amigos que las horas
van deviniendo en nimbos, cúmulos,
pájaros migratorios.
Ni la pasión, la fe o la belleza,
tan fieles otro tiempo, persisten. Al fin
derribó el ariete el océano que, alzado vertical,
resistía como último y heroico samurái
abierto en ritual cesárea por honor,
hendido a sí mismo por orgullo.

Mas aun sabedor de la derrota, a pesar
de esta quimera que todo lo devora
y de tanta expiación insaciable,
escribes. Te escribe
el poema mientras el mundo se derrumba.

YO ME LLAMABA JUAN

Yo me llamaba niño, y la inmortalidad.

Me llamé «yo» y abrazaba a los árboles
como el niño que abraza.

Yo me llamaba niño y lavaba cerezas
en las lágrimas de un jilguero enjaulado.

Me llamé Juan y era distinto
multiplicar el pan que dividir el beso.

Yo me llamaba Juan y crecí comparando
la arquitectura gótica
con la sombra flamígera de cada desamor.

Yo me llamaba Juan, conocía
la playa interminable del naufrago que cuenta
una a una las olas infinitas.

Me llamé Juan y regalaba
como el soldado que en la trinchera ofrece
su pecho abierto para salvar a un joven camarada.

Tenía nombre y creí
como cree en las alas el gusano de seda,
como el beso se eleva bajo una sombra gótica,
como el naufrago asume su ola definitiva,
como cereza o lágrima en la jaula que silba
como la bala silba de amor a su soldado.
Al soldado sin nombre que en la trinchera cree
como el niño sin nombre en la inmortalidad.

Tú me llamaste Juan.

Y yo crecí
en la metamorfosis de quien ama.

DE QUÉ PAÍS

Era una tierra misteriosa, impura, devastada.

Era, al menos,
la convicción que da el remordimiento.

Un río cárdeno, creación
violentemente roja, el hueco como gran mano abierta
o rara flor hundida. Boca
o tiro en la boca. Mundo
expectante, casi abrigo vacío que llenar de un tacto que
nos queme.

Y tú estabas allí.
Toda la fe sin dioses ni promesas fue ser, pertenecerte.

Hubo luego fronteras delgadas como el vértigo,
patios abandonados
donde las gotas de lluvia contra el suelo
como pequeñas hadas transparentes se estrellaban.
Ciudades
con ladridos hasta el amanecer, camelias fugitivas.

Podría el exterminio del recuerdo traer a la memoria la so-
ledad, el miedo, la música abrazada en el aire
y el índice que signa qué es
o no es amor.

Igual
siempre a sí mismos
los regresos. Inevitables tanto como inútiles.
Lo sabes.

Y aun conociendo la respuesta,
preguntas de qué país soy.

¿País?

Dirás mejor de qué destierro.

PALABRAS

Pensabas que tu vida,
aunque fuese en reflejo deformante, tendría
un parecido cierto a la de aquel
poeta que leías con la avidez del niño
ante un dulce prohibido. Lo creíste. Esperabas
la luz sin luz que llega
y llaga
como un río antiguo y milagroso
de los cielos de invierno. Anhelaste
todo aquello que aleja
y salva de hacer lo que ahora haces,
buscar de madrugada el frío
cómplice de palabras como un cuerpo
sin alas. Como alas
desesperadas en busca de su cuerpo.

Palabras, alas
que seguirán batiendo, agitándose
vivas aun después de expirar tu cuerpo.

Desoladoras palabras como éstas:
no sé nada, no quiero nada, no espero nada.

GOLPEA

Imagina la melancolía
como el saco de entrenar un boxeador,
y golpea.

Sacude
como si fuese una crisálida
que debe vomitar por sus costuras rotas
toda esperanza, la mínima ilusión.
Descarga una vez y otra vez, otra,
tu puño hasta sangrar
contra esa codiciada piñata que contiene
vistoso confeti de nostalgia, espejismos
entre sus serpentinas.

Golpea
como si fueras tú
ese fardo inerte, colgado,
pendiendo del cielo boca abajo
igual que un peso muerto.

Golpea.

EN GRAND CENTRAL STATION

Un asiento vacío,
un banco solitario,
para sentarte y llorar en Grand Central Station.

Estas son las palabras del poema
que vive en el poema
del bolsillo interior de la chaqueta
para latir más cerca de la roja
oquedad que un día llamaste corazón.

Estas son las nubes guardadas en la carta,
las nubes ocultas en el sobre que espera
cerrado en el bolsillo a que la lluvia
resucite las horas que en papel se cuarteán.

Estas son las manos que sostienen
el rostro entre las manos
mientras la luz inunda
como el aire cantado de una blanca ballena,
mientras la luz violenta
como una anunciación sin ángel.

Manos que me sostienen,
nube, poema, días que no desean,
oquedad, luces, horas que no anhelan,
palabras de quien desea huir, silencios del que anhela
desertar por los rotos bolsillos, manos
que me sostienen el rostro entre las manos,
el rostro entre las manos,
el rostro entre las manos.

No encontrarás un asiento vacío,
no hallarás un banco solitario